

Los muros de Facebook, problemáticas de la comunicación reflejante

Alma Karla Sandoval Arizabalo

(México)

Resumen

La inmediatez de las redes sociales sacrifica la corrección de la expresión escrita y funda nuevas protocolos de comunicación cotidiana. La vida virtual se torna relevante por encima del aquí y ahora lejos de la influencia de los ordenadores.

Todos los días millones de personas al levantarse de la cama, antes de siquiera asear sus dientes, a tientas, buscan un dispositivo móvil, su *smartphone* cuya alarma sonó hace poco para expulsarlos del sueño. Buscan el celular, decía, no sólo para ver la hora, sino para, aún con lagañas en los ojos, revisar si tienen o no notificaciones de Facebook. Expectantes y algo ingenuos, los usuarios de esa red social creen que algo pudo haber ocurrido en la madrugada, una noticia sin precedentes en el acontecer del mundo o bien, a una de las múltiples amistades con las que se cuentan, se le pudo haber ocurrido una frase sin precedentes.

No les hace falta algo de razón. Las noticias vuelan en Facebook, la inmediatez de esa plataforma donde interactúan decenas de millones de personas diariamente garantiza que nos enteremos en segundos del estado de ánimo, los pensamientos, las preferencias, la visión de mundo, el *habitus* en términos de Bourdieu, en suma, de la ideología de los demás. En ese espacio la expresión humana es un reflejo de innumerables muros que se abren ante sí como puertas infinitas, como espejos confrontados y por qué decirlo, *alephs* confusos, inestables.

Nos podemos mover de muro en muro explorando el carácter, es decir, el reflejo de cada emisor. Si algo escrito ahí apela mis intereses, me vuelvo receptor de un mensaje por lo regular siempre breve, en ocasiones superficial,

desechable incluso. El punto es que en la mayoría de las ocasiones, la retroalimentación se cumple sin esperar días enteros, sin permitir huecos que se abran profundos espacios de interpretación. El horizonte de espera, diría, Ricoeur, es finito de comentario a comentario. He ahí, por tanto, un de las primeras hipótesis que acá se lanzan: es la velocidad de Facebook y conexión con los otros, garantizada en tiempo real, lo que permite la retroalimentación de facto. Es esa capacidad de respuesta lo que engancha, lo que fascina a millones de usuarios. Hasta se llega a asegurar que “la vida está Facebook”, que “si no tienes un muro no existes”, frases polémicas que escandalizan a más de un estudioso de los fenómenos de comunicación de masas.

En tiempos de posmodernidad absoluta, que han mutado de la supremacía de la televisión a las redes sociales, no sólo que no existe lo que no se ve, como en *Sobre la televisión*, acota Pierre Bourdieu (1997, p. 78), sino que no importa, no existe, no cuenta, lo que no se comparte. Es la selección de contenidos de cada propietario de cada muro el secreto de lo que venderá más y mejor en un futuro próximo. Para saber qué clase consumidores somos, los datos que vertimos en nuestros comentarios son oro puro en términos de publicidad y mercadotecnia. Ya está sucediendo que nos ofertan productos en Facebook que se relacionan directamente con nuestro empleo, nuestra edad, nuestras aficiones.

De ahí que surjan atractivos debates a lo largo y ancho del orbe en materia de protección de datos, que aseguren los apocalípticos más ortodoxos, como los llamó Umberto Eco (2001, p. 89), que cuando aceptas comunicarte en un red social, le estás otorgando todos los permisos habidos y por haber a Twitter o Facebook de hacer lo que deseen con tus datos personales y de cierta forma con tu intimidad, con el derecho a la privacidad al que se está renunciando en nuestra época.

Quizá sobre dicha renuncia se tenga que pensar más fondo en los años que vienen. En el actual estado de la comunicación de masas, el que vive un Día de las Madres en México sin subir una foto con su mamá a Facebook, es raro o no la quiere. El que se va de viaje sin compartir una sola *selfie* es como si nunca hubiera salido de casa. Fue en Roma donde encontré a los primeros vendedores de varitas donde colocar una cámara digital o un móvil las cuales hacen más fácil tomar fotos de uno mismo con majestuosos monumentos detrás, sin que las imágenes salgan movidas. Esos nuevos trípodes del mercado ambulante son una prueba fehaciente de la necesidad de existir para que nos miren, del *selfie* por encima de la contemplación a solas y es que de la necesidad surgen las herramientas. La mirada de los otros es determinante en el universo de la red social, su aprobación, su *like*, fundan una nueva dependencia de la que muy pocos escapan.

Es tal el impacto de esas redes que surgen nuevas formas de manejar contenidos, géneros recientes que permiten organizar la información de maneras más claras, rápidas y hasta más divertidas, los memes, por ejemplo, cuyo carácter satírico equivale a la caricatura de los periódicos impresos y cuya gracia consiste en su inclusión. Cualquiera puede hacer una meme, existen páginas donde se “hornean” de inmediato, así que cualquiera puede triunfar y sentirse satisfecho de cómo su broma se propaga por el ciberespacio. No se necesitan títulos, credenciales, vistos buenos, experiencia de ninguna clase para ser un creador de memes, del mismo modo que todos pueden sentirse celebridades por cinco minutos cuando suben fotos de sus más recientes fiestas o logros, por diminutos que sean, a su página, a su espacio, a su trozo o parcela de universo virtual donde nadie irá a cobrarte la renta, al menos no en dinero caro.

Con todo, la problemática de esta nueva forma de comunicación en el mundo inaugura las siguientes formas de descortesía:

a) No dar un *like*, ya que se interpreta como un gesto de indiferencia absoluta. Sin ese signo el emisor del mensaje en espera de aprobación no sabe, a ciencia cierta, si los otros han leído lo que se transmite.

b) No hacer un comentario a un *post*, sobre todo si se relaciona directamente con el receptor al que, para que no haya confusiones, se etiqueta. Si esa persona guarda silencio, no es bien vista. El que emite se siente frustrado, como hablando, literalmente, frente a un muro.

c) No comprometerse en una disputa que atañe, porque las hay. Muchas veces se suscitan debates sobre temas o circunstancias de todo tipo y el *bullying* no se hace esperar. Máxime si la persona a la que se ataca es parte de tu familia o amigo cercano. Si no salen a defenderte, pueden surgir resentimientos.

d) Eliminar del grupo de amigos. Quizá es la más grande de las ofensas hoy por hoy. Nada duele más que te desaparezcan del Facebook, es decir, según muchos, de la vida de alguien. Una ruptura sentimental se finiquita ahora de ese modo: borrando de la lista de amigos no sólo a la persona en cuestión, sino también a las amistades de ésta, lo cual asegura que no volver a saber nada, pero nada, de ese ser.

Cierto, son nuevas las formas de comunicación cotidiana. El gran escritor mexicano, José Emilio Pacheco, me preguntó hace seis años que hasta cuándo tenía que dejar de responder un correo electrónico, que él, habitante de un mundo sin computadoras, no sabía cómo, formalmente, dejar de comunicarse con alguien que le mandaba un mensaje. “¿Si digo *gracias* y me responden con otro correo diciendo *de nada*, tengo que volver a contestar?” No quise decirle que el medio es el mensaje, a lo McLuhan, que se habla más

rápido, y por ello, nos relacionamos más ágilmente en nuestros días, por ende de modo natural se sobrentienden algunas formas, se dan por hecho palabras con emoticones, con caritas amarillas enojadas, contentas o tristes, caritas que con todas las buenas intenciones, se comen las palabras, anulan el léxico, devoran los sinónimos, empobrecen la expresión lingüística. No hablemos de las licencias gramáticas, del libertinaje de la ortografía u *horrografía* que poco importa en las redes sociales. La corrección del lenguaje se sacrifica porque no da placer, no divierte, exige un alto en el camino de los muros donde el entretenimiento prima, donde la lengua muta a velocidades peligrosas.

Es verdad que la Primavera Árabe no se hubiera robustecido sin Facebook, que también existe una militancia seria en sus coordenadas, que la red es un pujante instrumento del activismo, sea cual sea su temática, que se apoya en cientos de muros para dar conocer sus postulados. Es cierto que miles de personas llaman a la acción ante injusticias mundiales por Facebook, pero países de América Latina o África, donde la conectividad para todos en todos los rincones de sus geografías es aún un sueño lejano, la penetración de esa red social preocupa muy poco a gobiernos corruptos. Se ha demostrado que millones de *likes* se traducen en flacos números de personas que salen a las calles. El peligro del mundo virtual reside en la creencia de que basta con existir, con protestar, con comentar, con compartir contenidos críticos desde una silla, un ordenador, una escuela, una oficina o una casa. Al igual que “en un piano no está la música” (Cuban, p. 35) en una red no coexiste toda la verdad.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

1. I. BOURDIEU, P., *Sobre la televisión*: 1997. Barcelona, Ediciones Anagrama.

2. CUBAN, L., *Educación y nuevas tecnologías: Los desafíos pedagógicos frente al mundo virtual*: 2010, Buenos Aires, Santillana.
3. ECO, U. *Apocalípticos e integrados*: 2001, Distrito Federal, Siglo XXI.
4. McLUHAN, M., *Aldea global*: 2003, Bogotá, Gedisa.